

SÍNTESIS DE LAS APORTACIONES SOBRE LA CONSULTA SINODAL PARA LA ETAPA CONTINENTAL EUROPEA

1. ¿Qué intuiciones resuenan más fuertemente con las experiencias y realidades concretas de la Iglesia? ¿Qué experiencias parecen nuevas o iluminadoras?

Existe una gran coincidencia a la hora de señalar que la experiencia tal vez más novedosa e iluminadora de todo este proceso sinodal que se está llevando a cabo es, precisamente, el **camino realizado** hasta ahora; un camino que nos está ayudando a reconocer y a vivir la **pluralidad** de la Iglesia y que pone sobre la mesa la necesidad de llegar a ciertos **consensos**. Un proceso, además, que se ha ido comprendiendo no como el intento de resolver la totalidad de los problemas de la Iglesia en su conjunto, sino como un **don del Espíritu**, que guía y vivifica todo cuanto se hace. Un proceso que nos invita a una **conversión profunda del corazón** y ha permitido, entre otras muchas cosas, la toma de conciencia con respecto a la **dignidad común de todos los bautizados**. Del mismo modo, la presente etapa continental se está viendo como un claro llamado a **ensanchar los límites de la Iglesia** con el fin de acoger todas aquellas realidades humanas y personales que, en la precedente etapa diocesana, ya se señalaron cómo claramente **periféricas** y necesitadas de atención.

También el **magisterio del papa Francisco** es contemplado por muchos como una luz, siendo el **método** por él elegido para llevar adelante este proceso sinodal, una **experiencia nueva e iluminadora** en la que resuena con fuerza la gran intuición de seguir avanzando en la implementación de un **nuevo estilo de ser Iglesia** que, finalmente, redunde en **propuestas concretas** a nivel universal y local.

Se intuye, por otro lado, la urgente necesidad de **revalorizar el espíritu de las primeras comunidades cristianas** que anunciaban con alegría el **kerigma** y procuraban vivir la **comunión**. Por ello, más que doctrina, urge **volver a lo esencial** y ofrecer una evangelización fuertemente anclada en el **seguimiento** de Jesucristo, con el fin de ir adoptando su **estilo y forma de ejercer el poder y la autoridad**. De este modo, la Iglesia, imagen de Cristo, debe ofrecer a todos, sin exclusión: **sanación, reconciliación y liberación**. En este sentido, es importante **evitar el desánimo** que genera el empobrecimiento de nuestras comunidades y recuperar un **estilo de comunidad** donde el **amor mutuo** y la **acogida** prevalece sobre todo lo demás. La **escucha activa**, redescubierta en este proceso sinodal, ha constituido también una nueva luz, imprescindible para poder ser Iglesia de otro modo, al favorecer un tipo de **relación** mucho más **cercana, próxima y abierta** entre todos.

Ante el momento especialmente complejo e incierto que vivimos como sociedad y como Iglesia, especialmente en Europa, se ha visto claramente la necesidad de **conectar con las preocupaciones, los anhelos, las necesidades y las búsquedas de los hombres y mujeres de hoy**, constatándose como de vital importancia la necesidad de una **auténtica y sólida espiritualidad**, esencial para una verdadera **renovación** de la Iglesia. No es suficiente caminar hacia un cambio de estructuras en la Iglesia si no se acompaña de una profunda **conversión interior** y una sólida **formación**.

Por último, una experiencia iluminadora ha sido la **gran coincidencia** en las preocupaciones y cuestiones que surgieron en la fase diocesana: los **pobres**; las **personas migrantes**; la **situación de la mujer** y de **otros colectivos estigmatizados**; la **deserción de los jóvenes**; la **necesidad de la acogida y el acompañamiento**; la **renovación del lenguaje**; la **corresponsabilidad real y efectiva del laicado**, entre otras. De lo que se desprende que, si existe tan gran consenso a la hora de señalar los problemas, tal vez sea posible alcanzarlo también a la hora de hallar, juntos, las posibles soluciones.

2. ¿Qué tensiones o divergencias sustanciales surgen como particularmente importantes? En consecuencia, ¿cuáles son las cuestiones e interrogantes que deberían abordarse y considerarse en las próximas fases del proceso?

En primer lugar, se constata que las tensiones **no son siempre negativas**, sino que muchas veces resultan incluso **necesarias**. Pensemos en la **imagen de la tienda** que se nos propone en el DEC. Si las cuerdas no están suficientemente tensas, se corre el riesgo de que la tienda **se derrumbe** sobre las cabezas de quienes se han refugiado en ella. Por tanto, se entiende que las tensiones y divergencias, en su aspecto positivo, son elementos constitutivos que nos permiten **avanzar y ensanchar el espacio**.

En general, dentro de este apartado de **tensiones y divergencias**, se perciben de forma mayoritaria, las siguientes:

-Tensión **entre la fidelidad a la tradición y una apertura real a formas renovadas** en el lenguaje, la liturgia y la celebración, la predicación del evangelio, la acogida a todos los colectivos, una mayor participación del laicado (especialmente mujeres) en espacios de responsabilidad y en los diferentes ministerios.

-Tensión **entre sacramentalidad y caridad**. Es decir, entre un modelo de Iglesia de mantenimiento, perpetuadora y sustentadora de una organización, unos ritos, y más preocupada por su patrimonio que por las personas, y una Iglesia evangelizadora, en salida, abierta a todos y cuya máxima preocupación son los pobres y los alejados.

-Divergencia **entre el estilo sinodal de ser Iglesia**, que es un reto, **y la manera de actuar** de presbíteros, religiosos y laicos con cierta responsabilidad, así como de ciertos organismos eclesiales, no demasiado sinodales ni democráticos. Siempre debemos partir de la dignidad bautismal como fundamento de la igualdad.

-Divergencia **entre la necesidad de practicar una escucha activa y abierta** a la participación y al diálogo para llegar a consensos, **y la toma de decisiones final** por parte de la persona o personas con mayor poder en las comunidades (generalmente, los párrocos).

-Divergencia **entre lo que la Iglesia es y lo que debería ser**; y tensión **entre la imagen que de ella tienen amplios sectores de la sociedad y el mensaje de salvación dirigido a todos, sin excepción, que ofrece**. En este sentido, la Iglesia no debería asociarse con ninguna ideología, sea del tipo que sea, buscando en todo más lo que nos une a la misión de Cristo que lo que nos separa.

De todo ello, se deduce la necesidad de avanzar hacia un **modelo** y una **forma de ser Iglesia** donde cada persona pueda encontrar su **IDENTIDAD**, su **LUGAR** (sentido pertenencia), sentirse **ÚTIL** (misión) y saberse **EN CAMINO** (proceso de crecimiento, formación, etapas).

Es imprescindible aprender a vivir en el **equilibrio** y en la **integración de las paradojas** de la vida humana y de la vida de la Iglesia, rechazando **lecturas simplistas, contraposiciones artificiales y divisiones inútiles**; luchando siempre por buscar y hallar **soluciones integradoras**, manteniendo una **fidelidad creativa** a “*las raíces y las alas*” que debe renovarse día a día. Para ello, es de vital importancia asumir en cada dimensión de nuestra vida la parte de **ideal**, la **necesidad de conversión**, la **proyección siempre renovada de la fe** en cada etapa, situación, circunstancias y lugar: **tomar lo bueno, purificar lo negativo, avanzar siempre** hacia nuevas concreciones en la vida y misión de la Iglesia.

3. Mirando lo que surge de las dos preguntas anteriores, ¿cuáles son las prioridades, los temas recurrentes y las llamadas a la acción que pueden ser compartidas con las otras Iglesias locales de todo el mundo y discutidas durante la primera sesión de la Asamblea Sinodal en octubre de 2023?

En primer lugar, se percibe la prioridad de poner en práctica las propuestas del **Vaticano II**, revalorizando la **dignidad bautismal**, caminando hacia una eclesiología de **pueblo de Dios** y de **comunión** a partir de la **escucha atenta de las Escrituras** con el fin de **discernir** aquello que nos dicen en el contexto actual.

Se precisa un viraje de una **pastoral de conservación** (centrada en administración de sacramentos y conservación de estructuras y tradiciones) a una **pastoral para la misión** (que promueva más la espiritualidad, el sentido de comunidad y de misión).

Por otro lado, otro de los temas mayoritariamente recurrentes es el clamor ampliamente compartido sobre la incorporación del **laicado**, y especialmente de la **mujer**, en los diferentes ministerios que necesita la comunidad, tanto en la **toma de decisiones**, de **evangelización** y predicación de la Buena Nueva, como en los demás **ámbitos eclesiales**, que pueden ser sometidos a un **nuevo replanteamiento**. Cabe promover la integración de laicos creando **ministerios estables**, y, si es necesario, remunerados, en ámbitos pastorales, de evangelización y catequesis.

Teniendo a Cristo como Cabeza y a imagen de la tienda expansiva y en movimiento que nos presenta el profeta Isaías (cf. Is 54), la Iglesia debe ser **inclusiva**, con capacidad de **estar presente** en cada época y cultura, atenta siempre a los **signos de los tiempos**. Por ello, se insiste en la necesidad de **aprender a ser Iglesia de otra manera** y abrirse con mayor valentía a los **colectivos alejados o marginados**, pobres y migrantes, jóvenes y ancianos, situándolos **en el centro** de toda acción pastoral e **integrándolos** en las propias estructuras eclesiales. Así mismo, cabe avanzar en lo que se refiere al **diálogo ecuménico** y con otras **tradiciones religiosas**.

También resulta imprescindible la **formación**, tanto de personas laicas como de sacerdotes y religiosos/as. Del mismo modo, cabe un **replanteamiento serio** de la formación que se ofrece en los **Seminarios**, para que los sacerdotes, desde su identidad sacerdotal, sean capaces de **responder** a las nuevas situaciones y realidades que se plantean hoy. Igual de necesaria es la **formación en sinodalidad**, promoviendo, también, la formación de agentes en esta materia.

Resulta igualmente esencial y urgente, entender el **liderazgo** en la Iglesia como un **servicio** realizado con **amor** y en **humildad**, al estilo del Maestro, imitando su manera de ejercer la **autoridad**. Es preciso plantearse con mucha seriedad de qué manera puede asumirse un mayor **talante y sensibilidad democráticas** en las estructuras eclesiales y cómo hacer **efectiva y real** la tan proclamada **corresponsabilidad**, evitando el **clericalismo** y la **pasividad** tanto de sacerdotes como de laicos.

Se insiste en la actualización y puesta al día del **lenguaje**, especialmente de la **liturgia**, simplificando las formas y haciéndolas comprensibles y accesibles a las personas de hoy.

Se establece también como prioritario un cambio en las **estructuras eclesiales**, que deberían **simplificarse** y estar siempre al servicio de la **evangelización**, razón de ser de la Iglesia. Con el fin de fomentar la pertenencia afectiva a la Iglesia y la hospitalidad, en las parroquias deberían existir verdaderas **comunidades**, con espacios de **acogida** y de **crecimiento en la fe**.

Se considera prioritario activar los **consejos parroquiales** de un modo realista, o bien, activar otro tipo de **instancias o plataformas de sinodalidad**. Las personas laicas y los ministros ordenados deben trabajar conjuntamente, y, a este fin, los consejos pastorales deben constituir espacios de **diálogo, discernimiento**, y tener carácter **decisorio**.

Es necesario poner en valor el **papel positivo** que a nivel **social** ejerce la Iglesia a través de sus múltiples iniciativas y recursos de ayuda a los más vulnerables. Es prioritario mantener el siempre difícil **diálogo** con todos, sin perder ni dejar de ofrecer, por ello, nuestras **convicciones, identidad y esencia**.

Finalmente, se constata la necesidad de plantear una **profunda reflexión** sobre **temas más complejos** como el **celibato opcional** de los sacerdotes, el **acceso al ministerio ordenado de hombres casados**, el **diaconado femenino** y el papel de los **sacerdotes secularizados**.

En definitiva, la gran prioridad es **regresar a las raíces**, a Jesús y a su evangelio, y desde ahí, **vivir realmente el espíritu sinodal: escuchar, acoger, discernir, decidir y caminar todos juntos, en comunión, para llevar a cabo la misión** que el Señor ha encomendado a su Iglesia.